

ISABEL DE BORBÓN
FRENTE AL CONDE DUQUE
DE OLIVARES

José Sánchez Calderón

ISABEL DE BORBÓN
FRENTE AL CONDE DUQUE
DE OLIVARES

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: octubre de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Sánchez Calderón

ISBN: 978-84-128538-6-5

ISBN digital: 978-84-128538-7-2

Depósito legal: M-23540-2024

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

*A tantas mujeres ninguneadas por una historia escrita
por hombres para su mayor gloria, merecida o no.
A mi editorial, que me dio la oportunidad de publicar en
este género narrativo y me ayudó a adaptar mi prosa
al ambiente de la época del Siglo de Oro.
A mi familia, que volvió a asumir mi inmersión
en un trabajo de documentación que absorbió
buena parte de nuestra vida cotidiana.
A María Inés Calderón, la Calderona,
una víctima más de la satiriasis real,
que simboliza el afán de libertad de una mujer
que se empodera hasta conseguirlo.*

PREFACIO

Isabel de Borbón es un personaje lleno de atractivos. Vivió en un siglo espectacular en España, donde florecían las artes y se resquebrajaba el imperio.

Era una reina extranjera, que llegó siendo casi una niña y tuvo que aprender las mañas cortesanas del reino de España. Fue descubriendo con los años que el crío con el que se casó era un tipo perezoso, débil de carácter y adicto al sexo, fácilmente manejable por una personalidad fuerte como la del conde duque de Olivares.

La rivalidad entre la reina y el conde duque surgió muy pronto, en cuanto el noble fue consciente de que Isabel pensaba por sí misma. He querido que esta pugna desigual entre los dos personajes esté muy presente en la novela. El rey ocupó un lugar menor durante buena parte de la pelea palaciega, ya que ante cada litigio solía ser manipulado por su valido.

La mujer era un ser muy secundario en aquel siglo XVII y esta realidad llegaba a palacio, donde hasta la mínima estructura estaba marcada por la jerarquía de género. Ello no impidió que surgieran personajes femeninos muy notables, como se irá viendo a lo largo de la novela, de entre los cuales Isabel de Borbón destacó con luz propia.

Felipe IV menospreció a su esposa infinidad de veces yéndose detrás de la primera falda que revoloteaba cerca de él, pero mantuvo siempre un punto de respeto hacia ella, cuando se trataba de reivindicar su figura ante los demás.

El conde de Villamediana fue un personaje singular, el antecedente histórico del personaje literario de don Juan Tenorio y deseo

aclarar que hasta los rumores en su relación con la reina de los que me hago eco en la narración están documentados, aunque solo fuera como tales rumores.

La novela, en su conjunto, está sustentada en una sólida documentación histórica y puedo afirmar que la práctica totalidad de los personajes con alguna trascendencia en la narración existieron y lo hicieron con características no lejanas a las que les atribuyo.

También se respetan bastante los datos referentes a guerras y relaciones internacionales. Con todo, deseo recalcar que esta novela no es, ni pretende serlo, un libro de historia. Es una novela de ficción, en la que el autor se permite las lógicas licencias.

Espero y deseo que su lectura les haga pasar un rato entretenido y, de paso, les acerque a grandes rasgos a nuestro pasado histórico.

CAPÍTULO I
LOS PRIMEROS TIEMPOS
DE ISABEL EN LA CORTE

LAS ALIANZAS REALES

Lo mejor que puede ofrecer la hija de un rey a su padre es un matrimonio que fortalezca las alianzas internacionales. Así lo debe pensar Enrique IV de Francia cuando compromete a su hija Isabel, recién nacida, con el heredero del ducado de Saboya.

Las hijas no parecen tener otras utilidades de relieve para el reino y hay que elegir con cuidado el destino que se les da, porque la dote que requieren es cuantiosa y el reforzamiento internacional de la Corona que supone su matrimonio debe estar a la altura del esfuerzo económico.

Tal vez esa sea la razón principal por la que los reyes libertinos son más proclives a legitimar hijos bastardos que hijas. Ellos siempre pueden ocupar cargos de provecho, sea en puestos políticos de calado, al frente de los ejércitos o en la jerarquía eclesiástica. Las mujeres, sin embargo, gravan las arcas reales con sus dotes, tanto si alcanzan el matrimonio como si acaban ingresando en algún convento, aunque en este último caso la dote que se aporta es de menor cuantía.

El prometido de Isabel fallece en 1605, tres años después de haber sido comprometido con el bebé francés, pero quiere el destino que en ese mismo año nazca Felipe, el heredero de la Corona de España.

Enrique IV queda libre de preocupaciones sobre el uso a dar a su amplia prole cuando es asesinado, en 1610. Su hijo mayor es coronado como Luis XIII, a la edad de nueve años y la reina madre, María de Medici, se hace cargo de la regencia francesa.

No pasa mucho tiempo hasta que las familias reales de Francia y España suscriben un doble compromiso de boda. Luis se desposará con Ana, hermana mayor de Felipe y este lo hará a su vez con Isabel. Se está acabando el año de 1615 cuando se casan los cuatro niños. Isabel acaba de cumplir los trece años y su esposo, Felipe, tan solo tiene diez. Parece razonable que el matrimonio no se consume hasta más adelante.

Instalan a Isabel en el palacio de El Pardo, junto a un numeroso séquito que la acompaña desde Francia, aunque es instruida por don Diego de Guzmán, que la guía acerca de la vida en la Corte y, muy en especial, respecto a sus funciones esenciales, que son ser casta y sumisa, además de, por supuesto, dar herederos a la Corona.

La joven se esfuerza en ser dócil y en agradar a todos, en especial a su esposo y trata de conocer las costumbres de la Corte y de adaptarse a ellas lo antes posible. Así lo entienden las personas que supervisan su educación, transmitiendo informes positivos sobre la princesa.

EL CONDE DE OLIVARES Y EL JOVEN REY FELIPE IV

El conde de Olivares es nombrado gentilhombre¹ del príncipe desde los primeros tiempos en que se le pone casa propia, a los diez años, una vez casado.

El conde se muestra ya entonces como una persona dominante, lo que no gusta mucho al príncipe, que bastante alterado está por la nueva situación. Hombre hábil, el de Olivares combina en su justa medida la firmeza y la adulación y acaba ganándose las simpatías del joven personaje de la familia real.

Ambos son muy aficionados a montar a caballo y en sus cabalgadas conjuntas se va forjando una relación estrecha. Pese a que el valido² del rey, el duque de Lerma, controla los principales puestos de la casa del príncipe, no es consciente de la sutileza y eficacia con que el conde de Olivares se va haciendo con el control del heredero.

Cuando el duque de Lerma es destituido, el rey nombra a Baltasar de Zúñiga, tío del conde de Olivares, como preceptor principal del príncipe y el duque de Uceda, hijo del de Lerma, sustituye a su padre, contra el que ha conspirado, en el control de los despachos gubernamentales.

1 El gentilhombre es un caballero de origen noble que pasa a formar parte de la casa del rey, la reina o el heredero, para servirles.

2 El valido era la persona de confianza del rey en materia de decisiones políticas. No era un cargo formal, pero su poder llegaba a superar al del primer ministro.

Baltasar de Zúñiga y el conde de Olivares, que se han aliado con el duque de Uceda para derribar al padre de este, salen muy reforzados con su triunfo.

Al fallecer Felipe III, la alianza familiar de Zúñiga, Olivares y los Haro da un vuelco a la situación y derrocan al duque de Uceda, dedicándose a eliminar hasta el último vestigio de su influencia en la Corte. A Baltasar de Zúñiga se le entrega el Gobierno, pero desde el principio se sabe que el poder en la sombra lo ejerce el conde de Olivares a través de su influencia sobre el nuevo rey.

El conde se aplica en la formación del joven monarca, al que hace aprender geografía, historia, arte, francés e italiano. Felipe es un alumno inteligente, aunque perezoso. Su instructor entiende pronto que para mantener el favor del rey debe permitirle alternar el esfuerzo con la diversión. Esto lo logra dando curso a la principal afición del príncipe, la equitación, y despertando en él una vocación insaciable por el sexo.

El rey se pasa parte del día cabalgando su corcel y cazando con la ballesta; por las noches, es frecuente que tenga negocios carnales con las señoras. Poco exigente, al joven Felipe le valen damas de la Corte y prostitutas, jóvenes o no tanto. Enviado por su preceptor e impulsado por sus ardores adolescentes va haciendo del sexo una adicción compulsiva, cultivando más la lujuria indiscriminada que el refinamiento selectivo.

Se convierte asimismo en un gran aficionado al teatro, visitando de incógnito los corrales donde se representan las comedias del momento. También adquiere el hábito de la lectura, que practica a diario.

Así, poco a poco, el conde de Olivares cincela la personalidad de Felipe IV y se hace imprescindible para él.

*

El infante se encuentra en compañía del conde de Olivares, repasando las nociones de historia que este le da como parte de su

formación. El confesor del príncipe, el dominico fray Antonio de Sotomayor, accede al despacho.

—Alteza, vuestro padre se muere.

El rostro inexpresivo de Felipe muestra, más que tristeza, miedo. Es un adolescente de quince años, casi dieciséis, larguirucho, cubierto por ropilla de tisú blanca, con brocados de oro. Mira al conde en busca de amparo.

—¿Qué va a suceder ahora, conde?

—Sucederá lo que está escrito, alteza, y vos seréis Felipe IV, el nuevo rey de España, Portugal, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, duque de Milán, duque de Borgoña, soberano de los Países Bajos y conde de Flandes.

Al conde de Olivares se le ve tranquilo. No en vano llevaba tiempo preparándose para ese momento. El príncipe, por el contrario, está abrumado por la responsabilidad que le va a caer encima.

—Pero, yo no sé qué hay que hacer.

—No os preocupéis, alteza, os aconsejaremos en todo cuanto sea necesario.

—¿Contaré con todos? ¿También con el duque de Uceda?

Se percibe ansiedad en las preguntas de Felipe. El de Olivares mira al confesor antes de responder.

—Alteza, yo me encargaré de que no os falte consejo en cualquier asunto que os ocupe.

—La iglesia os ofrecerá toda la ayuda espiritual que necesitéis, alteza —tercia el dominico.

—La reina me apoyará también.

El conde de Olivares contiene un gesto de desprecio.

—Dejemos a la reina en sus aposentos y al confesor en su capilla, que las riendas de la monarquía no están hechas para mujeres ni clérigos. La misión de los curas es rezar y la de las reinas, parir.

Fray Antonio le mira, pero calla. Al fin y al cabo, debe algunos favores al conde. Viste sotana recta hasta los pies, de un negro perfecto, como solo puede ofrecer el carísimo colorante llamado ala de cuervo. Sobre la sotana destaca un poco discreto crucifijo de oro.

—No me dejéis solo, conde, por favor.

—Os lo juro, alteza, no me separaré de vuestro lado. Ahora debéis pasar con fray Antonio a ver al rey.

El conde sale de los aposentos reales, dejando allí a un príncipe adolescente, lloroso, aterrorizado ante la responsabilidad que se le viene encima. Se ve al conde satisfecho, convencido de que podrá maniobrar con firmeza el timón de la nave que le conducirá hasta la cima del poder.

Se cruza con el duque de Uceda, valido del rey agonizante.

—¿Está todo bien con el príncipe, conde?

—Está perfecto, duque. Hasta ahora, todo es mío.

Sorprendido, el duque de Uceda le pregunta.

—¿Todo?

Con expresión de suficiencia, el conde responde.

—Sí, todo, sin faltar nada³.

*

—Ha vencido la tregua que manteníamos con las Provincias Unidas⁴, majestad.

—Supongo, conde, que la vamos a renovar.

El conde de Olivares mira de reojo a su pupilo, que no ha dejado de serlo después de ser coronado rey.

—No lo veo conveniente, majestad. Esa tregua le cuesta buenos ducados a la Corona y no creo menester seguir derrochando el dinero, cuando lo que tienen que hacer es acatar la soberanía de vuestra majestad y participar del reino, como hacen los otros territorios.

—He oído que si no renovamos la tregua entraremos en guerra.

3 El cruce de frases entre el duque de Uceda y el conde de Olivares está extraído de la Real Academia de la Historia.

4 Las Provincias Unidas de los Países Bajos, conocidas genéricamente como Holanda, mantenían desde el siglo XVI una lucha contra el reino de España para separarse de él, en lo que se conoció como Guerra de los 80 años o Guerra de Flandes.

Ahora ya le mira de frente, clavándole la mirada y tratando de transmitirle la determinación que un rey necesita.

—Dudo que se atrevan, majestad y, si lo hacen, les aplastaremos.

*

Las dos figuras suben a la carroza bajo la protección de la oscuridad de la noche. El vehículo se aleja de palacio, hacia el centro de la villa. Cuatro jinetes galopan tras él, sin perder la cercanía. Las calles permanecen sucias durante todo el día, pero es de noche cuando su hedor es más perceptible.

No van muy lejos. Al llegar al barrio de Santiago, se adentran en la callejuela llamada del Espejo y la carroza se detiene junto a una casa de tamaño mediano, sin distintivo alguno en la fachada. Los cuatro jinetes se reparten, dos delante y dos detrás, vigilando tanto la carroza como la calle entera. No van uniformados.

El más grueso de los dos hombres desciende del coche y toca con fuerza la aldaba de la puerta. Es un sujeto corpulento. Los ropajes oscuros son los propios de un caballero, aunque va casi cubierto por la capa. Lleva sombrero de ala ancha, emplumado.

Abren casi de inmediato, sin dejarse ver. El invisible portero reconoce enseguida a su visitante y deja la puerta abierta. A una seña del tipo corpulento, el otro pasajero desciende del coche, cuidando de no pisar porquerías en su corto camino. Los ademanes son los de un hombre muy joven, que se mueve con gran ligereza. Viste calzas abombadas por encima de la rodilla, medias de seda blancas, ropilla de tisú con brocados de oro y lechuguilla. La capa es de terciopelo negro y seda brocada y el sombrero de copa alta, alas pequeñas y una gran pluma a un lado. Bastaría fijarse en la calidad del cuero de sus zapatos para reconocer a un noble de la más alta distinción. Embozado con la capa, no deja ver su rostro. Pasa al interior de la casa con rapidez. El portero, un joven sonriente de cabellos rizados, hace una reverencia al paso de su ilustre visitante y la repite cuando su acompañante entra también, cerrando la puerta tras ellos.

Dos horas después, los dos hombres vuelven al exterior y suben al coche, que se pone en marcha sin demora, acompañado por los cuatro guardias. En el interior del carruaje, el conde de Olivares pregunta al joven rey.

—¿Todo estuvo bien, majestad?

—Muy bien, conde. Es la mujer más bella con la que me he acostado.

Se percibe a Felipe satisfecho. El conde no puede renunciar a esbozar una puya.

—¿Más bella que la reina, majestad?

El rey insinúa un gesto de sorpresa en su rostro inexpresivo.

—Qué tonterías preguntáis, conde. La reina es mi esposa y no admite comparaciones. Esta es más bella que las otras putas y damas con las que he yacido.

—Perdón, majestad. No quería ofenderos.

—Habéis ofendido a la reina, pero no se os ocurra disculparos con ella. Si supiera la ocasión de la ofensa tendríamos problemas en palacio.

Los dos hombres quedan en silencio. El rey Felipe rememora el cuerpo desnudo de la prostituta cuyos servicios acaba de gozar y cae en la cuenta de que no podría compararlo con el de Isabel, porque a su esposa nunca la ha visto desprovista de esos ropajes de lino blanco con los que le recibe en su alcoba.